

## MARX Y EL PROBLEMA DE LA FALTA DE OCUPACIÓN

### MARX AND THE PROBLEM OF LACK OF WORK

**Sabina Dimarco**

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

Universidad Nacional de General Sarmiento

[sabinadimarco@hotmail.com](mailto:sabinadimarco@hotmail.com)

#### Resumen

Partiendo de los aportes de una serie de estudios que desde una perspectiva socio-histórica han indagado en el proceso de construcción social de la categoría de *desocupado*, el artículo analiza el modo en que la falta de trabajo en personas válidas es problematizada en la obra de Karl Marx. Sostenemos que, si bien no hay en los desarrollos del pensador alemán una conceptualización del desocupado en su sentido moderno, sus contribuciones a través del estudio de la *sobrepoblación relativa* y del *lumpenproletariado* dejaron sentadas ciertas bases para la puesta en forma de dicha categoría social y de intervención pública casi medio siglo más tarde.

El artículo se plantea como una introducción a la pregunta por el papel que jugaron los primeros socialistas marxistas argentinos en la introducción de una perspectiva novedosa de interpretación de la falta de ocupación, forjada en diálogo con las ideas marxistas en circulación en el contexto internacional y en abierta disputa con las percepciones de la época.

#### Abstract

Based on a number of studies that have been analyzed from a socio-historical perspective the process of social construction of unemployed, the article analyzes the way in which the lack of work in valid people is problematized in Karl Marx's works. The paper posed that Marx's reflections in this issue provides elements that will be essential for the further shaping of such social category.

This article constitutes an introduction to the question of the role played by the first Marxists in Argentina in introducing a new perspective for interpretation of the lack of work, forged in dialogue with Marxist ideas circulating in an international context but also in dispute with the perceptions of this period.



**Palabras clave:** desocupados; desocupación; Karl Marx; ejército de reserva; lumpenproletariado.

**Key words:** unemployed; unemployment; Karl Marx; Industrial reserve army; lumpenproletariat.

## Introducción

Luego de varias décadas en las que los países industriales habían visto disminuir notablemente sus niveles de desocupación hasta casi alcanzar el pleno empleo durante el período que siguió a la segunda posguerra, el último decenio del siglo XX ubicó nuevamente en primer plano ese flagelo económico y social. Mientras esas sociedades se embarcaban en un intenso debate acerca de las causas, las cifras y el alcance de la desocupación y de los desocupados, algunos científicos sociales afrontaron el problema desde una perspectiva diferente: se orientaron a recordar el carácter construido y relativamente reciente de esas categorías que entonces aparecían como “naturales”, en el sentido de categorías sin historia, buscando dar cuenta del cambio en las representaciones del no-trabajo en personas válidas<sup>1</sup> que su surgimiento había plasmado un siglo antes. Puesto en otros términos, en lugar de sumarse al debate sobre las características de ese “problema” que se presentaba como prioritario y urgente, se preguntaron por su constitución misma como tal. Desde una perspectiva que recurre al análisis histórico, esos trabajos —sobre los que nos detendremos enseguida— ubican en el período que transcurre entre fines del siglo XIX y comienzos del XX el momento de “invención” (Topalov, 1994; Salais, Baverez y Reynaud, 1986), “descubrimiento” (Walters, 2000) o “constitución” (Zimmermann, 2001) del desocupado y la desocupación como “problema social”. En términos teórico-conceptuales, estos estudios muestran también que indagar en la historicidad de los conceptos (en este caso el de “desocupado”) conlleva un análisis conjunto de las coyunturas históricas específicas, las prácticas sociales y las representaciones propias de cada época (Zimmermann, 2001). En este sentido, como veremos, las condiciones socio-históricas, las acciones y propuestas de ciertos actores sociales y las continuidades y/o cambios en las representaciones, se entrecruzan inevitablemente en el análisis dado que es en su articulación que debe ser comprendida la posibilidad de emergencia de un nuevo concepto.



Un aporte importante de estos estudios fue enfatizar, en una línea cercana a la de Robert Castel (1997), las diferencias entre el período que se abre, por un lado, con el desarrollo del sistema capitalista y la instauración de personas formalmente libres pero materialmente desposeídas que se ven forzadas por la necesidad a vender su fuerza de trabajo para subsistir, y por el otro, el período mucho más tardío en que la relación salarial se extiende a la mayoría de la población trabajadora, adquiere estabilidad y se va convirtiendo progresivamente en vector de una serie de derechos. Mientras que el primer período dio lugar a una salida compulsiva al mercado para obtener un ingreso e incrementó las experiencias individuales de falta de ocupación rentada, fue recién en el segundo momento, que se extiende a partir de finales del siglo XIX, que es posible hablar de la emergencia del *desocupado* en su sentido moderno, esto es, entendido como un *trabajador regular temporaria e involuntariamente sin empleo* (Topalov, 1994). Para decirlo claramente, la conceptualización del desocupado sólo es posible, como veremos, en el marco del proceso de reversión de la indignidad del salariado que caracterizaba la *condición proletaria* y el paso a la consolidación de una *condición salarial* (Castel, 1997).

Karl Marx, el gran teórico del funcionamiento de la sociedad capitalista, al ubicar en el centro de sus reflexiones al obrero desposeído obligado a conseguir en el mercado un comprador para la única mercancía con la que cuenta, su fuerza de trabajo, ubicó a la falta de ocupación en un lugar de centralidad. En el capitalismo, si hay algo peor que ser explotado es, precisamente, no serlo. Para todos aquellos que no poseen tierras, herramientas ni medios propios de subsistencia, la vida sin salario resulta una verdadera calamidad (Denning, 2011). Y su existencia no es, dirá el pensador alemán, una falla del sistema sino su condición misma de posibilidad. Pero Marx, como señalan Zimmermann (2001) y Topalov (1994), no formuló una conceptualización del desocupado ni del problema económico que le subyace, la desocupación. No podría haberlo hecho, puesto que las condiciones sociales y políticas de la realidad por él observada distaban de aquellas que abrirían la posibilidad de nuevas formas de pensar el no-trabajo válido. Sin embargo, como vamos a intentar mostrar, a través de su conceptualización de la *sobrepoblación relativa* y de aquella franja que queda por fuera de ésta, el *lumpenproletariado*, y sobre todo por medio de los criterios de diferenciación que utiliza para distinguir entre estas dos categorías, Marx brinda una serie de elementos que abren el camino, a nuestro entender, a una posterior representación del “desocupado” como trabajador que se encuentra transitoria e involuntariamente sin ocupación.



Este artículo se inscribe en un proyecto de investigación más amplio que se pregunta por la configuración del desocupado en Argentina y, en particular, por el papel que jugaron en ese proceso los primeros socialistas-marxistas argentinos. En otro trabajo, mostramos que los socialistas de la década de 1890 nucleados en torno al periódico *El Obrero*, de filiación marxista, tuvieron un rol destacado en la emergencia de una lectura novedosa del problema de la falta de ocupación, muy disruptiva para su época, entablando una verdadera disputa de sentido con las miradas hegemónicas respecto de la magnitud, la naturaleza y las causas de esas situaciones que se habían hecho particularmente visibles el marco de la crisis de 1890 (Dimarco, en prensa). No pudimos indagar allí, sin embargo, cuánto de esos aportes para una interpretación diferente de la falta de trabajo en personas válidas estuvo atravesado por la formación marxista de esa organización socialista. Este artículo — que aborda la forma en que desde la obra de Marx se trató este tema y en qué medida las categorías conceptuales elaboradas por el pensador alemán retoman o se distancian de las concepciones de su tiempo— se plantea entonces como un primer paso para indagar la circulación de ideas socialistas a fines del siglo XIX y la forma en que los conceptos elaborados por Marx eran adaptados al contexto de la Argentina agroexportadora.

### **La invención del desocupado: un estado de la cuestión**

Desde diferentes perspectivas de análisis y centrándose en distintos países y delimitaciones temporales, trabajos como los de Topalov (1994), Zimmermann (2001) o Walters (2000) —que, a su vez, se apoyan en antecedentes como los de Salais et al (1986), Keyssar (1986), Mansfield (1988) o Garraty (1978)— comparten la pregunta por los cambios en las percepciones y representaciones del trabajo y del asalariado como forma de entender la emergencia de una nueva manera de pensar la falta de ocupación en personas válidas<sup>2</sup>. Varias de estas obras —algunas de las cuales ya se han convertido en clásicos ineludibles a la hora de tratar estas temáticas— han mostrado que la emergencia de estas categorías no proviene de una tardía toma de conciencia de una antigua realidad (la difícil experiencia de la falta de ocupación) ni supone una nueva forma de nominación de un viejo problema. En los términos de Topalov (1994), más que de un “descubrimiento” se trata de una “invención” proveniente de los reformadores sociales de fines del siglo XIX en vistas a normalizar y estabilizar el mercado de trabajo en torno a la figura del trabajador asalariado. La consolidación de un mercado de trabajo regulado y estable implicaba una radical



transformación de las formas de empleo predominantes, caracterizadas por la inestabilidad y la irregularidad de los vínculos laborales, así como por una gran diversidad de ocupaciones independientes que se mantenían por fuera de la relación salarial. La noción de desocupación elaborada por los reformadores de esos años de fin de siglo, entonces, “más que un medio de describir la realidad industrial y social de su época, era un instrumento destinado a cambiarla” (Topalov, 1994: 15<sup>3</sup>).

Desde esta perspectiva, en la que inscribimos nuestro estudio, para que la falta de trabajo en personas válidas pudiese ser pensada como desocupación tuvo que darse un proceso paralelo de normalización y generalización del empleo, es decir que el empleo regular y asalariado se convirtiese en el destino efectivo de la mayoría de la población que depende de su trabajo para vivir (Zimmermann, 2001; Topalov, 1994; Walters, 2000). Sólo como contracara de ese proceso la falta de trabajo podrá ser concebida como un problema a ser resuelto. Walters (2000) plantea que, junto a las transformaciones económicas y de la estructura ocupacional (ligadas en gran medida al pasaje de la agricultura a la industria), hay dos procesos que fueron fundamentales en esa normalización del empleo: el desarrollo de la legislación social, por un lado, y ciertas prácticas sindicales que se orientaron a la organización del trabajo, por el otro.

Plantear esto no significa negar que, como sugirió Keyssar (1986) en uno de los trabajos pioneros sobre este tema, el problema de la falta de trabajo haya llegado, para las personas que lo sufren, antes que la palabra. Pero estos estudios no creen que al no existir el término, ni legislación o estadísticas específicas, como tampoco nuevas formas de abordaje en vista, pueda hablarse ya en ese entonces de desocupación en la acepción que hoy le otorgamos. Esta acepción, que tiene sus variaciones en diferentes países y etapas históricas, presenta al menos tres dimensiones que la constituyen: la ausencia de trabajo que permita un ingreso, la aptitud para el trabajo (estar en condiciones físicas, mentales y etarias de realizarlo) y la voluntad o disposición para trabajar de quien se encuentra en esa situación (Pugliese, 2000). Si la primera de estas dimensiones, es decir, la existencia de personas que carecen de un trabajo que les genere ingresos, es una experiencia que atraviesa la historia del capitalismo, las otras dos adquieren una forma específica y novedosa en las últimas décadas del siglo XIX y estarán en la base de la emergencia de la categoría en cuestión. Por un lado, la figura del *desocupado* implica una distinción al interior de la categoría de “pobres válidos”, esto es, aptos para el trabajo; por el otro, supone reconocer que puede haber situaciones de ausencia de trabajo que responden a razones ajenas a la voluntad o esfuerzo de quienes las padecen. El



reconocimiento de la involuntariedad, es decir del carácter forzoso de *ciertas* situaciones de no-trabajo (al mismo tiempo que se identifican otras situaciones de no-trabajo como voluntarias), es una de las condiciones de posibilidad para la formulación de la falta de trabajo como problema “social”. Ese reconocimiento habilita el paso de una responsabilización de los “sin-trabajo” a la posibilidad de pensar en una responsabilidad colectiva y en formas de socialización de ese riesgo.

Es en este sentido que Topalov se distancia explícitamente de la tesis de Polanyi (2007 [1944]) sobre el origen de la desocupación; tesis ampliamente aceptada según él mismo dice y a la que denomina “teoría estándar del nacimiento de la desocupación” (Topalov, 1994: 27). En ella, Polanyi plantea que la reforma inglesa a la Ley de Pobres en 1834, al suprimir el sistema de subsidios que garantizaban el “derecho a la vida” (la Ley de Speenhamland) para instaurar un mercado de mano de obra, abolió la categoría general de “los pobres” dando lugar, por un lado, a los indigentes físicamente impedidos (cuyo destino era el hospicio) y, por el otro, a “una categoría enteramente nueva de pobres, los desempleados, que hacían su aparición en el escenario social” (Polanyi, 2007 [1944]: 284). Topalov, en cambio, sostiene que la categoría que se delinea en ese entonces es la del “pobre válido”, que incluye lo que más tarde sería reinterpretado como “desocupado” pero que no se asimila a éste. Ese ejemplo histórico le sirve a Topalov para mostrar que a pesar de la existencia —y ampliación— de la falta de trabajo, no puede emerger una conceptualización del desocupado mientras no se produzca la mencionada clasificación al interior del no-trabajo válido, entre aquellos que podían acceder a la dignidad del auténtico trabajador privado de empleo (desocupado), de un lado, y el “residuo” compuesto por todos aquellos “aptos” que se mantenían en los márgenes del trabajo asalariado, del otro. Puesto en otros términos, ese cambio histórico sumamente relevante en lo que supone el tratamiento de la pobreza no dio lugar a cambios en las representaciones del no-trabajo válido: toda forma de ausencia de trabajo que no pudiese ser atribuible a la edad o a condiciones psico-físicas era percibida como un problema de vagancia y, como tal, perseguido, reprimido y compelido al trabajo forzado.

En pocas palabras, no se trata de negar que el desarrollo del sistema capitalista y la expropiación que lo sustenta haya agudizado, efectivamente, las situaciones “sin trabajo” o “sin salario” (Denning, 2011). Pero hará falta, al decir de Zimmermann (2001), otro momento de inflexión histórico, y las transformaciones de las representaciones que este conlleva a largo término, para que el no-trabajo pueda ser percibido como independiente de la culpa individual. Ese momento de inflexión en las

representaciones del no-trabajo válido se vincula, como dijimos, con la extensión de la idea y la práctica del trabajo “normalizado”, pero también con las preocupaciones generadas por la “cuestión social” y la búsqueda de nuevos conocimientos y soluciones (Walters, 2000). Más específicamente, según Zimmermann (2001), será la asociación de ciertas formas de no-trabajo a la “cuestión obrera”, es decir, la idea de que la falta de ocupación puede afectar a “trabajadores” (incluso calificados) lo que habilitará su traducción en una nueva categoría de pensamiento.

Esta distinción entre las primeras formulaciones de la relación salarial y su extensión y generalización posterior resulta central para el objetivo de este artículo, que consiste en el análisis del lugar que ocupa el pensamiento de Marx en este proceso de formación de la desocupación como categoría de pensamiento (antes de su objetivación en categoría estadística y categoría de intervención estatal); esto es, en la posibilidad de pensar una forma específica de no-trabajo desvinculado de la idea de pobreza en términos genéricos (Zimmermann, 2001). Como sabemos, Marx es contemporáneo del primero de estos dos momentos de las relaciones sociales de producción y son sus características las que están en la base de su pensamiento. Sintetizando lo visto hasta aquí, durante el siglo XIX, cuando Marx desarrollaba su obra, las experiencias de falta de ocupación o de ocupación parcial formaban parte de la realidad cotidiana de quienes debían trabajar para vivir, pero en las concepciones de la época eran interpretadas bajo la idea de una marginalidad voluntaria. “Pobres válidos”, “malos pobres”, “indigentes”, “vagos”, eran distintas formas de nombrar esas situaciones. A continuación, veremos de qué modo muchas de estas concepciones presentes en la época impregnan el análisis marxiano pero también qué elementos novedosos incorpora a la hora de interpretar las situaciones que se encuentran por fuera de la relación laboral, lo que él llama las situaciones “sin ocupación” o de “semi-ocupación”. Y, en este sentido, veremos cuáles son los aportes del pensamiento marxiano que contribuyen a brindar una grilla de interpretación diferente y novedosa de ciertas formas de falta de ocupación.

### **Marx y el trabajador no-ocupado: la sobrepoblación relativa**

En su estudio sobre la constitución de la desocupación en Alemania, Zimmermann (2001) señala, sin detenerse demasiado en ello, que los análisis de Marx y Engels han sido de los primeros en proponer un desplazamiento a la hora de pensar la cuestión de la pobreza pasando del registro moral al registro económico. Sin este desplazamiento en la mirada sobre la pobreza, dirá la autora, la situación “sin



trabajo” no podría haberse convertido en “desocupación”. Las premisas de los pensadores alemanes constituyen, dirá Zimmermann, un punto de apoyo importante para las tentativas ulteriores de especificación del no-trabajo por causa económica. La socióloga alemana les reconoce otro mérito fundamental en ese lento proceso de constitución de la desocupación como categoría de intervención pública que tomará forma tiempo después: “Marx y Engels, contra toda ortodoxia, erigieron el no-trabajo en objeto esencial de la economía política” (Zimmermann, 2001: 25). Sin embargo, añadirá, “más allá de esta introducción del no-trabajo en el corazón de la economía, la conceptualización de la desocupación no tiene ningún lugar en los trabajos de Marx y Engels. El registro lexical utilizado sigue siendo aquel de la pobreza” (Zimmermann, 2001: 25). También Topalov plantea que las clasificaciones que Marx propone del “ejército industrial de reserva” no difieren demasiado de las que realizaban los burgueses de su época entre las “verdaderas clases trabajadoras” y los “indigentes”; “pero el «desocupado», trabajador regular temporariamente sin trabajo, está ausente” (Topalov, 1994: 25).

Marx y Engels no avanzan en la definición y conceptualización de la desocupación y el desocupado, es cierto. No podrían haberlo hecho, por otra parte, en tanto las condiciones de posibilidad de dicha categoría, como vimos, no estaban dadas. Sin embargo, nos interesa aquí extraer todas las consecuencias y contribuciones de ese deslizamiento en la forma de interpretación de las situaciones “sin trabajo” que, coincidimos con Zimmermann, será de vital importancia en la posterior emergencia de la categoría en cuestión. Veamos entonces de qué forma desde la obra de Marx se avanza, si bien no en la formulación de una nueva categoría social, sí claramente en la posibilidad de un progresivo cambio en las representaciones de la falta de trabajo.

Como es bien sabido, Marx ubica como pivote de su planteo político-filosófico al obrero desposeído cuya única propiedad es su fuerza de trabajo y que por lo tanto depende para vivir de la percepción de un salario como contraparte de su venta en el mercado. La distinción conceptual entre “fuerza de trabajo” y “trabajo” se encuentra en el corazón de la perspectiva marxiana: bajo las condiciones históricas de expropiación que dan lugar a las sociedades capitalistas, el *proletario* se ve obligado por la necesidad a vender su *fuerza de trabajo*; pero sólo si lo consigue y la pone en acto se constituye en *trabajo*. La materialización de la potencialidad que supone la fuerza de trabajo en trabajo efectivo no está, por lo tanto, dada de antemano. Lo que define al “proletariado, la clase de los obreros modernos, [es] que no viven sino a condición de



encontrar trabajo” (Marx y Engels, 1994: 38). Así, de la denuncia de las relaciones de expropiación y explotación que se encuentran en la base de la acumulación capitalista, se desprende que si hay algo peor que ser explotado es, lisa y llanamente, no serlo. En *El Capital* Marx plantea:

“quien dice capacidad de trabajo no dice trabajo, del mismo modo que no es lo mismo capacidad para digerir que digestión. [...] Si no logra venderla [a la fuerza de trabajo], al obrero no le sirve de nada; antes al contrario, considera como una cruel fatalidad el que su capacidad de trabajo exija una cantidad determinada de medios de vida para su producción y siga exigiéndolos constantemente para su reproducción. Y descubre, con Sismondi, que «la capacidad de trabajo... no es nada, si no se la vende»” (Marx, 2004.a: 135).

Y en sus *Manuscritos* dice que

“tan pronto, pues, como al capital se le ocurre —ocurrencia necesaria o arbitraria— no existir más para el trabajador, este ya no existe para sí; no tiene trabajo alguno; por ende, ningún salario, y puesto que no posee un ser en cuanto hombre, sino en cuanto trabajador, puede hacerse enterrar, morir de hambre, etc.”. (Marx, 1999: 123)

La necesidad de obtener un salario, y la posibilidad siempre presente de no conseguirlo, forman parte de la experiencia vital del trabajador pero también constituye el núcleo de la acumulación capitalista. A pesar de ello, advierte, la economía política ha tendido a desentenderse del trabajador no-ocupado:

“Como es natural, la Economía política considera al proletario, es decir, a quien vive sin capital ni renta del suelo, pura y simplemente del trabajo, y de un trabajo unilateral, abstracto, exclusivamente como trabajador. Y esto le permite establecer la tesis de que se le debe procurar, al igual que a cualquier trabajo, lo necesario para poder trabajar. *En los momentos en que no trabaja*, no lo toma en consideración como a un ser humano, sino que deja que de ello se encarguen la justicia penal, el médico, la religión, los cuadros estadísticos, la política y las autoridades de beneficencia”. (Marx, 1968: 23; subrayado nuestro)

Más claramente aún, en otro pasaje de la misma obra afirma que:

“Por eso la Economía política no conoce al *obrero ocioso*, al trabajador situado al margen de esta relación de trabajo. El pícaro, el bribón, el mendigo, *el trabajador ocioso*, hambriento, miserable y criminal, son figuras que no existen para ella, sino para los ojos de otros, los del médico, el juez, el enterrador, las autoridades de la beneficencia pública, etc., fantasmas que rondan fuera de sus dominios. Por lo tanto, las necesidades del obrero, para la economía política, se reducen a la necesidad de sostenerlo mientras trabaja y exclusivamente para evitar que la especie obrera se extinga”. (Marx, 1968: 92; subrayado nuestro)



Frente a esta invisibilidad a la que las condena la economía política, la obra de Marx problematiza estas situaciones y las ubica como un elemento central para el funcionamiento del sistema. Si aquella se ocupa habitualmente del “ejército obrero activo”, él mostrará también la importancia del “ejército industrial de reserva” o “sobrepoblación relativa” como población obrera “disponible” para el mercado. La sobrepoblación relativa está integrada por todo obrero, dirá, durante “el período en que está semiocupado o desocupado por completo” (Marx, 2004.a: 797). Es “relativa” en tanto se trata de una población excedentaria, no en términos absolutos (aclara diferenciándose explícitamente de Malthus), sino “para las necesidades medias de valorización del capital” (Marx, 2004.a: 784) y su crecimiento se acelera “en una escala acorde con el progreso de la acumulación social” en lugar de disminuir (Marx, 2004.a: 792). Pero su principal aporte no está en señalar este hecho, que también había sido advertido por otros intelectuales de su época, sino en presentarlo como “una de las condiciones de vida del régimen capitalista de producción” (Marx, 2004.a: 792).

Para Marx, entonces, esa masa de población que no encuentra ocupación es tanto consecuencia de la acumulación capitalista como su condición de posibilidad:

“si una sobrepoblación obrera es el producto necesario de la acumulación o del desarrollo de la riqueza sobre una base capitalista, esta sobrepoblación se convierte, a su vez, en palanca de la acumulación capitalista, e incluso en condición de existencia del modo capitalista de producción. Constituye un ejército industrial de reserva a disposición del capital”. (Marx, 2004.a: 786)

Este ejército de reserva permite a los capitalistas elevar la intensidad del trabajo de los obreros activos y presionar los salarios a la baja. Además de los obreros expulsados de sus trabajos en períodos de crisis o “en las épocas de negocios flojos”, se nutre de quienes son desplazados por el avance de la maquinización: “los obreros desplazados por la maquinaria se ven lanzados del taller al mercado de trabajo, donde van a aumentar el número de las fuerzas de trabajo disponibles para la explotación capitalista” (Marx, 1999: 391). Dirá entonces que el avance de la maquinización constituye “el látigo más cruel que azota a los trabajadores” (Marx, 1999: 391-392).

Con la conceptualización de la sobrepoblación relativa, Marx aborda la contracara de las situaciones de trabajo poniendo así el foco en lo que él había definido en su crítica a la economía política como el trabajador en “los momentos en que no trabaja”. Pero lo hace, y esto es lo que nos interesa resaltar, presentándolo no como una exterioridad al universo de las relaciones de producción, como sugería la percepción extendida entre sus contemporáneos, sino como una continuidad respecto



de éstas y como un sector vital para su funcionamiento. En efecto, vimos que a pesar de las frecuentes oscilaciones entre períodos de trabajo y de no-trabajo característicos de la realidad cotidiana de quienes debían vivir de su trabajo, solía pensarse en dos grupos poblacionales diferentes: los trabajadores (“el pobre laborioso”) y los “pobres válidos”; el tratamiento dado a estos últimos reforzaba esa separación. Marx, en cambio, insiste en señalar que no se trata de dos universos de población diferentes sino que son los mismos proletarios quienes pasan, según los momentos del ciclo económico, del ejército activo al de reserva y viceversa. La sobrepoblación, entonces, no deriva de un “acrecentamiento excesivo absoluto de la población obrera” sino “de la conversión de la misma en relativamente supernumeraria” (Marx, 2004.a: 789).

Esto nos lleva a un punto nodal: distanciándonos de la idea sugerida por Topalov, según la cual la clasificación que Marx propone del ejército industrial de reserva no es demasiado diferente de “la partición que los burgueses ingleses de su época intentan incansablemente instaurar entre las «verdaderas clases trabajadoras» y los «indigentes»” (Topalov, 1994: 25), consideramos, por el contrario, que presenta una mirada alternativa en la que un sector del no-trabajo en personas válidas es interpretado como parte del universo del trabajo (la clase trabajadora) a pesar de encontrarse sin ocupación. Y, lo que es más importante, estos últimos no aparecen como un sector moralmente condenable, a quienes les falta la voluntad para el trabajo (la tradicional representación del “pobre válido” recuperada tantas veces por la historiografía) sino como el desgranamiento, más o menos transitorio, de una misma y única *clase obrera*. La ausencia de condena moral de quienes forman parte de la sobrepoblación relativa se vincula en Marx con la idea de que se trata de una salida “forzosa” del mercado de trabajo: “La condena de una parte de la clase obrera al ocio forzoso mediante el exceso de trabajo impuesto a la otra parte, y viceversa” (Marx, 2004.a: 792). La idea de un no-trabajo *forzoso* que *condena* a ciertas personas independientemente de sus propias acciones resultará, como ya mencionamos, una cuestión central en la posterior conceptualización del desocupado por parte de los reformadores sociales de finales del siglo.

No obstante, es importante recordar que la sobrepoblación relativa en la conceptualización de Marx incluye las situaciones que más adelante serán pensadas como desempleo, pero no se limita a ellas sino que las desborda incorporando una variedad heterogénea de situaciones. Ella “existe en todos los matices posibles” y adopta tres formas: fluctuante, latente y estancada (Marx, 2004.a: 797). Bajo estas tres formas, Marx busca dar cuenta de las diferentes maneras en que se presenta el no-



trabajo o el trabajo parcial e irregular. De las tres, sólo la primera responde, en parte, a la figura del “desocupado” (Pugliese, 2000): los obreros fabriles que son repelidos o atraídos según la fase del ciclo económico<sup>4</sup>. Pero la sobrepoblación abarca un espectro de situaciones mucho más amplio: desde los obreros urbanos adultos que resultan “desgastados y caducos” para las necesidades del capital (sobrepoblación fluctuante), a los trabajadores rurales “en vías de metamorfosearse en población urbana o manufacturera” (latente), o trabajadores irregulares cuya figura principal es el trabajador a domicilio (estancada). Incluye también a la esfera del “pauperismo”. Este último constituye el “sedimento más bajo de la sobrepoblación relativa” y se compone, a su vez, de tres categorías. Las dos primeras refieren a las personas aptas para el trabajo que engrosan las filas del pauperismo en épocas de crisis y a los huérfanos e hijos de indigentes; ambos, pueden ser absorbidos por el “ejército activo” en períodos de reactivación. La tercera, en cambio, incluye a “personas degradadas, encanallecidas, incapacitadas de trabajar” que forman “el hospicio de inválidos del ejército obrero activo y el peso muerto del ejército industrial de reserva” (Marx, 2004.a: 802). Es a esta última descripción a la que Topalov (1994) se refiere cuando menciona la equivalencia entre las clasificaciones de Marx y las de los burgueses de su época, resaltando los términos utilizados por aquel (“el residuo del pauperismo”). De acuerdo al sociólogo francés, es la distinción entre “sobrepoblación fluctuante” y “estancada” la que refleja aquella tan extendida en la época entre “verdaderos trabajadores” e “indigentes”.

Sin embargo, Marx se esfuerza por señalar los vínculos entre *todas* las esferas de la sobrepoblación y las relaciones productivas. Es cierto que es en el último estrato, el de la sobrepoblación “estancada”, donde la vinculación con el mundo del trabajo resulta menos evidente. Y dentro de este, la esfera del pauperismo en particular. Por eso es importante que Marx aclare específicamente que la sobrepoblación estancada “constituye una parte del ejército obrero activo, pero su ocupación es absolutamente irregular, de tal modo que el capital tiene aquí a su disposición una masa extraordinaria de fuerza de trabajo latente” (Marx, 2004.a: 801). Pero, además, al hacer referencia al pauperismo enfatiza dos cuestiones centrales: por un lado, la desresponsabilización de quienes forman parte de ese estrato, ya que los describe como “víctimas de la industria, cuyo número se acrecienta con la maquinaria peligrosa, la expansión de la minería, de las fábricas químicas, etc.” (Marx, 2004.a: 802), por el otro, como con la sobrepoblación relativa en general, su funcionalidad y necesidad para el desarrollo capitalista puesto que la producción del pauperismo “está



comprendida en la producción de la pluspoblación, su necesidad en la necesidad de ésta, conformando con la misma una condición de existencia de la producción capitalista y del desarrollo de la riqueza” (Marx, 2004.a: 803). Marx se distancia así de las representaciones de la época que ven en toda situación de falta de ocupación, en particular en personas válidas, una población al margen de las relaciones laborales, con tendencia al ocio y sin disposición para ganarse la vida por su cuenta.

Ahora bien, esta forma de interpretación imperante en su tiempo no es completamente ajena al pensamiento de Marx. Pero no es, como hemos intentado mostrar, al interior de la sobrepoblación relativa o ejército de reserva donde esta se expresa sino a través de otra categoría que opera como contrafigura no sólo del proletariado en general sino también, como buscaremos argumentar, del ejército de reserva en particular: el lumpenproletariado.

### **El ejército de reserva: entre el trabajador y el lumpenproletariado**

La sobrepoblación relativa o ejército industrial de reserva no es la única representación del no-trabajo —o de la “vida sin salario” (Denning, 2011)— que se encuentra en los escritos de Marx. También está el *lumpenproletariado*, esa categoría difícil de asir cuya utilización ha ido variando a través de su obra pero que, en líneas generales, constituye una suerte de infra-clase, la “basura de todas las clases” (Marx, 1998: 69) que reúne a aquellos que no tienen un lugar productivo en la sociedad. En la minuciosa descripción que hace de la sobrepoblación relativa en *El Capital*, Marx deja explícitamente afuera a este sector: cuando menciona las distintas formas que ésta adopta, dice: “prescindimos aquí de vagabundos, delincuentes, prostitutas, en suma, del *lumpenproletariado* propiamente dicho” (Marx, 2004.a: 802). Y en *La lucha de clases en Francia*, lo define como “una masa bien deslindada del proletariado industrial” compuesto por “rateros y delincuentes de todas las clases, que viven de los despojos de la sociedad, gentes sin profesión fija, vagabundos, *gens sans feu et sans aveu*, que difieren según el grado de cultura de la nación a que pertenecen, pero que nunca reniegan de su carácter de *lazzaroni*” (Marx, 1988: 62). En *El dieciocho brumario*, brinda una descripción cercana a la anterior:

“con *roués* venidos a menos, con equivocados medios de vida y de tan profana procedencia, con hijos degenerados y aventureros de la burguesía, vagabundos, licenciados en tropelías y presidios, esclavos escapados, tímidos, saltimbanquis, *lazzaroni*, carteristas y rateros, jugadores y *maquereaux*, dueños de burdeles, mozos de cuerda, escritoruelos, organilleros, traperos, afiladores, mendigos, calderos; en fin, toda esa masa informe, inaprensible y vagabunda que los franceses denominan la *bohème*”. (Marx, 1998: 69)



Ni *ejército activo*, ni *ejército de reserva*, el *lumpenproletariado* constituye una categoría de vínculos complejos con el trabajo que resulta central para comprender la contribución marxiana a la emergencia de una nueva forma de pensar ciertas formas de no-trabajo.

Una vez más, para poder dimensionar el papel que juega esta noción debemos tener presente la ya mencionada visión dominante sobre los sectores populares. Representación fundamentalmente dual, quienes eran percibidos como “pobres válidos”, “vagos”, etc., despertaban toda clase de temores y prejuicios. Pero ahora debemos incorporar un elemento más: como ha mostrado, entre otros, Louis Chevalier (2007 [1958]), la distinción entre los trabajadores y esas temidas figuras no era evidente sino sumamente difusa, en particular por la enorme diversidad de situaciones intermedias que caracterizaban la experiencia laboral de estos sectores, de modo tal que las “clases laboriosas” y las “clases peligrosas” se presentaban más como una continuidad que como dos categorías de población netamente diferentes. En efecto, a pesar de los intentos, sobre todo discursivos, por diferenciar a los “verdaderos trabajadores” del resto, lo que prevalecía era un temor generalizado hacia quienes vivían de su trabajo y hacia sus modos de vida. Robert Castel (1997: 223) describe la condición proletaria de la primera mitad del siglo XIX como un estado de cuasi-exclusión del cuerpo social, y a la visión dominante en la época como un “racismo antiobrero considerablemente difundido entre la burguesía del siglo XIX”, por lo que también evoca esa indistinción entre clases “laboriosas” y “peligrosas”. Lo inquietante era justamente su cercanía y la dificultad para diferenciarlas:

“¿cómo distinguirlas cuando ellas parecen depender estrechamente, las unas y las otras, de las circunstancias económicas, políticas o biológicas que las mezclan y las hacen pasar, a merced de los años, o de las estaciones, de las revoluciones, las crisis o las epidemias, de una categoría a otra?”. (Chevalier, 2007 [1958]: 461)

En relación con esto, los términos *obrero*, *proletario* y *trabajador* no se habían librado aún de sus connotaciones peyorativas. Draper (2011) señala como ejemplo una importante obra de A. G. de Cassagnac, de 1838, en la que se distinguían cuatro grupos constitutivos del “proletariado”, de los cuales sólo uno correspondía a “trabajadores”. Los otros tres grupos que componían el proletariado eran los mendigos, los ladrones y las prostitutas. Para demostrar que no se trataba de una idea aislada sino de una perspectiva propia de la época, menciona también que el francés Guizot adoptó la misma clasificación.



En ese contexto, la categoría de *lumpenproletariado* le permite a Marx ir dando forma a su noción de *proletariado*, que estaba lejos de ser una categoría claramente definida y, menos aún, socialmente reconocida. La distinción entre estas dos categorías habilita el desplazamiento de las asociaciones estigmatizantes desde la segunda hacia la primera, liberándola de sus connotaciones negativas (Denning, 2011). Como señala Draper, la emergencia del significado moderno de proletariado, en el sentido de trabajador asalariado, requirió de un esfuerzo clasificatorio hacia el interior de la antigua y heterogénea categoría, diferenciando a los *trabajadores* del resto. Retomando las clasificaciones de Cassagnac y Guizot, este autor muestra que Marx reúne en el lumpenproletariado las mismas figuras o grupos sociales que conformaban el antiguo proletariado (mendigos, ladrones, prostitutas), a excepción de los trabajadores. Puesto en otros términos, el lumpenproletariado de Marx conserva la vieja idea de peligrosidad, parasitismo e inmoralidad de la antigua noción de proletariado. Así el proletariado se erige, en contraposición, como una figura liberada de la condena moral (Thoburn, 2002). Es por ello que, como señala Huard (1988), el proletariado y el lumpenproletariado van tomando forma de manera paralela y complementaria en la obra de Marx.

En este sentido, es importante recordar que Marx no brinda una definición explícita del lumpenproletariado, como sí se propone hacer con la sobrepoblación relativa. En el primer caso, las definiciones no sólo son vagas sino que además varían significativamente. Si en algunos momentos parece corresponderse con lo que serían situaciones residuales de la “vieja sociedad” (es “la podredumbre pasiva de las capas inferiores de la vieja sociedad”, dirá en el *Manifiesto Comunista*), en otros se lo utiliza para dar cuenta de un producto propio de las relaciones capitalistas de producción. Y si por momentos parece estar constituido por una agregación de la “basura de todas las clases” (*El dieciocho brumario*), en otros aparece como una desagregación de la clase proletaria (“El proletariado también tiene sus desclasados, ellos forman el lumpenproletariado” [citado en Huard, 1988: 14]). En ocasiones, recurre al término para describir determinados comportamientos políticos —la tendencia por parte de sectores marginales a alinearse con facilidad con las fuerzas del orden, incluso contra la clase obrera (*El dieciocho brumario*)—, mientras que otras veces lo define por su lugar en la estructura productiva —un estrato parasitario e improductivo. Pero, más allá de esa diversidad, un elemento central que da forma a esta categoría es el de su exterioridad respecto del proletariado, incluso en los casos en que lo define como un desprendimiento de éste. Así, si bien el proletariado se constituye para Marx



fundamentalmente en su oposición con la clase de los capitalistas, a tal punto que la lucha entre estas dos clases constituye el motor de la historia, la antítesis “por debajo” con el lumpenproletariado no será menos importante en el proceso de definición de una clase netamente distinguible en un contexto en el que, como dijimos, los límites entre las *clases trabajadoras* y las *clases peligrosas* eran sumamente difusos.

La oposición es conceptual, pero también está presente en las relaciones sociales concretas, como intenta demostrar Marx cuando analiza el papel jugado por este sector en las Guardias Móviles. Ese hecho histórico le sirve para poner en evidencia la cercanía del lumpenproletariado y la burguesía en su oposición al proletariado industrial. Y si de su relato se desprende la proximidad en las condiciones de existencia del lumpen y el proletariado (a tal punto que “el proletariado vitoreaba a la Guardia Móvil cuando ésta desfilaba por París. Veía en ella a sus campeones de las barricadas. Y la consideraba como la guardia *proletaria*, en oposición a la Guardia Nacional burguesa. *Su error era perdonable*” [Marx, 1988: 62; subrayado nuestro]), sus comportamientos políticos los distinguen claramente: Marx señala que mientras el lumpenproletariado se enrola sin dificultad detrás del objetivo burgués contra los propios proletarios, estos últimos han sabido resistir los intentos de conformación de un ejército leal a la burguesía y formado en cambio un ejército para la revuelta (Marx, 1988).

Detengámonos en la cercanía entre quienes, según Marx, formarían parte de las tres categorías que estamos analizando —ejército activo, ejército de reserva, lumpenproletariado— y sobre la porosidad de la frontera que las separa. El lumpenproletariado que conforma las Guardias Móviles, por ejemplo, aunque dispuesto a enfrentarse al proletariado, sale de su propio seno; es por ello que, como vimos en la cita anterior, ellos mismos se confunden y se sienten parte de un mismo sector social y, dirá Marx, “su error era perdonable”. A su vez, describe al ejército de reserva como constituido por todo obrero durante el tiempo en que se encuentra sin ocupación o trabaja de manera irregular o en forma parcial, mientras que incluye en el lumpenproletariado a “vagabundos”, “mendigos”, “traperos”, “organilleros”, “afiladores”, “escritorzuelos”, entre otros. Pero ¿los vagabundos o mendigos no pueden ser personas válidas que no hallan ocupación? ¿Y por qué los traperos o afiladores quedan por fuera de las ocupaciones parciales o irregulares? Concretamente: ¿cuál es el criterio de clasificación que está operando? No es la capacidad o incapacidad física para el trabajo, puesto que vimos que en la sobrepoblación relativa incorpora a quienes han quedado discapacitados como consecuencia del proceso productivo. La



diferencia debe buscarse entonces en otro lado.

Aquí es donde opera, creemos, el desplazamiento de la lectura moral y condenatoria desde el proletariado al lumpenproletariado, pero con otro elemento distintivo, que es la inclusión de ciertas situaciones de no-trabajo y de “semioocupación” en la primera categoría a través de la noción de ejército industrial de reserva. El ejército de reserva resulta una categoría intermedia entre el ejército activo y el lumpenproletariado, ocupando un lugar por cierto ambivalente en tanto siendo parte del primero, tiene no pocos elementos en común con el segundo ¿Pero qué diferencia entonces al ejército de reserva —que forma parte de la clase trabajadora tanto como el ejército activo— del lumpenproletariado? ¿Qué es lo que hace que el lumpenproletariado no pueda ser incluido en el ejército de reserva? El carácter moral que Marx les niega, lo cual resulta particularmente elocuente en los términos utilizados en las descripciones de uno y otro sector. Importa preguntarnos entonces qué es lo que sustenta el carácter moral de quienes integrarían el ejército de reserva y que permite entonces que, a pesar de su situación de no-trabajo o trabajo parcial, formen parte del proletariado y se distingan del *lumpen*. He ahí otro elemento central para nuestras inquietudes: las condiciones de falta de trabajo en los primeros serán leídas, vimos anteriormente, como consecuencia del funcionamiento del sistema. Esa atribución de causas sistémicas, que remiten al funcionamiento de las relaciones de producción capitalista, libran de responsabilidad a quienes las viven en carne propia, incluso a sus estratos más pauperizados. Reiteremos como ejemplo la mención a “la condena de una parte de la clase obrera al ocio forzoso” (Marx, 2004.a: 792). Ese no sería el caso de quienes integran el conjunto del lumpenproletario, en cuya descripción Marx no escatima en criterios que, en su época, y desde mucho antes, se utilizaban para perseguir y reprimir la “vagancia”, entre ellos la falta de trabajo estable y de domicilio fijo<sup>5</sup>.

Ciertamente, como menciona Pugliese (2000), Marx no aborda la cuestión de la voluntariedad (o no) de la falta de empleo puesto que el tema es abordado desde otra óptica. Sin embargo, también lo es que al poner el foco en las condiciones del funcionamiento del sistema capitalista y plantear que no solo producen inevitablemente situaciones de escasez de ocupación (que se hacen más agudas en épocas de crisis pero no se limitan a ellas) sino que, además, lejos de ser un problema para el capital, son la condición misma de su existencia, su análisis lleva implícita una desresponsabilización de quienes atraviesan esa experiencia (que por momentos, además, como vimos, hace explícita). En *El Capital*, Marx menciona diversos procesos



que nutren al ejército de reserva: el desarrollo tecnológico que sustituye trabajo humano por maquinaria; la pérdida de relevancia de las economías agrícolas que convierte a parte de los trabajadores rurales en obsoletos o los obliga a reconvertirse en trabajadores industriales; la creciente demanda de trabajadores jóvenes que convierte tempranamente a los trabajadores adultos en población excedente; las víctimas de las máquinas que quedan por su causa inhabilitados para el trabajo, entre otros. En todos estos casos, las causas de que la población se encuentre sin trabajo remiten al funcionamiento del sistema.

En pocas palabras, vemos que contra la visión imperante en su época, Marx propone una interpretación de algunas formas de no-trabajo en personas válidas que se aleja de la lectura moral e individual para centrar el foco en el sistema de producción. De este modo, introduce la posibilidad de pensarlas en un marco más estructural. Además, desde esta perspectiva, esas formas de no-trabajo siguen siendo pensadas en el marco del problema de las relaciones productivas y laborales. Pero en esa reinterpretación del no-trabajo válido que se distancia de la mirada hegemónica, Marx orienta la lectura reprobatoria de la que resguarda a los proletarios —entre ellos a quienes forman la sobrepoblación relativa— hacia la categoría del lumpenproletariado. Así, al deslindar al proletariado de la imagen de peligrosidad e inmoralidad, recae sobre su contrafigura todo el peso de esos prejuicios y temores.

Hay que insistir, sin embargo, en que el ejército de reserva no es otra forma de nombrar a los *desocupados* ni hay una conceptualización de esa figura tal como empieza a ser elaborada hacia fines del siglo XIX. De hecho, como plantean varios autores, Marx prácticamente no utilizó las expresiones *Arbeitslosigkeit* —que luego se traduciría como desempleo— ni *Arbeitslos* —el término contemporáneo para desempleados (Denning, 2011; Garraty, 1978; Pugliese, 2000). En las pocas ocasiones en que recurre al término *Arbeitslosigkeit*, como plantea Zimmermann (2001: 25), lo hace “en un marco de estigmatización de la desposesión y de la pobreza”. Asimismo, dirá esta autora, la palabra *arbeitslos* es utilizada en un sentido cercano al uso que prevalecía en la literatura social de los años 1830-1840, es decir como sinónimo de términos como *unbeschäftigt* (sin actividad), *brotlos* (sin pan), *Elend* (miseria) o *Not* (necesidad). Sugiere entonces tomar con suma precaución la aparición de estos términos, especialmente frente a la tentación de “conferir a *arbeitslosigkeit* su acepción contemporánea de desocupación” (Zimmermann, 2001: 18), en lugar de traducirla por “sin trabajo”. Y, en efecto, podemos ver que la traducción de estos términos genera no pocas dificultades.



Tomemos algunos ejemplos para tratar de apreciar las dificultades a la hora de traducir términos cuyo sentido ha cambiado profundamente desde aquellos momentos hasta nuestros días y que, tal es nuestra hipótesis, Marx estaba contribuyendo embrionariamente a formalizar. Comencemos por una cita a la que ya hemos recurrido y que fue una de las primeras en llamar nuestra atención sobre este tema: aquella que plantea, según la traducción que hemos citado, que la economía política “en los momentos en que no trabaja, no lo toma [al trabajador] en consideración como a un ser humano” (Marx, 1968: 23). Esta frase, tan importante para nuestro propósito, no había entrado en nuestra consideración cuando la leímos por primera vez en una traducción en la que se leía: “no lo considera en sus momentos de descanso como hombre” (Marx, 1999: 59), ni en otra en la que decía: “No lo considera en su tiempo libre como hombre” (Marx, 2004b: 55). Sólo de la primera —que coincide con una traducción francesa, “quand il ne travaille pas” (Marx, 1963: 46)— se desprende que puede estar refiriéndose a los momentos en que el trabajador se encuentra por fuera del mercado laboral, y entonces cobra sentido el resto de la frase: “(...) deja que de ello se encarguen la justicia penal, el médico, la religión, los cuadros estadísticos, la política y las autoridades de beneficencia” (Marx, 1968: 23).

Tomando las mismas tres fuentes veamos otro caso, también ya citado, en donde queda en evidencia la dificultad que presentan estos términos al momento de su traducción: mientras que en un caso se recurre a “obrero ocioso”<sup>6</sup>, en otro se usa “trabajador inactivo”<sup>7</sup>, mientras que en un tercer caso se utiliza “parado”<sup>8</sup>, término contemporáneo utilizado en España para referirse a la desocupación. Como sabemos, en la actualidad esos términos (ocioso, inactivo, parado) remiten a realidades socio-ocupacionales claramente diferenciadas.

Veamos ahora los casos en los que sí aparece mencionado el término “desocupado” en las traducciones al español. En *El Capital*, menciona el temor de los capitalistas a que se establezca una “cooperación planificada entre los ocupados y los desocupados” (Marx, 2004.a: 797), mientras que otra versión traduce “cooperación entre los obreros en activo y los parados” (Marx, 1973: 584). Resulta importante tener presente entonces que en la versión alemana el término utilizado por Marx es *UnBeschäftigten* (“den Beschäftigten und UnBeschäftigten”), que si bien puede traducirse literalmente como “sin ocupación” o “des-ocupado”, no es el término *Arbeitslos* que se utilizará más adelante para referir al desocupado moderno. Por otra parte, como menciona Zimmermann (2001), al analizar los usos de los términos referidos al pauperismo entre 1820 y 1840, *unbeschäftigten* o *beschäftigungslos* se



mencionaban de manera intercambiable con otros calificativos, incluso el propio *arbeitslos*, para evocar imágenes vinculadas a la extrema miseria y la criminalidad. El mismo vocablo es utilizado en otro pasaje que también ha sido traducido al español como “desocupado”, aunque en este caso el término no lo utiliza el propio Marx sino que se trata de una cita de un informe de 1867: “La primera casa en la que entramos era la de un obrero siderúrgico, desocupado desde hace 27 semanas” (“war das eines Eisenarbeiters, seit 27 wochen auber beschäftigung” [Marx, 1962: 754]). Recurriendo a traducciones a otros idiomas, vemos que no se ha optado por el uso del término *chomeur* en la traducción francesa (“un ouvrier métallurgiste sans emploi depuis 27 semaines” [Marx, 1963: 751]) ni *unemployed* en inglés (“an ironworker who had been seven and twenty weeks out of employment” [Marx, 1982: 824]).

Si pensamos, con Topalov, que “la invención de la desocupación ha sido también una batalla sobre las palabras”, la ausencia del término *desocupado* (*Arbeitslos*) y *desocupación* (*Arbeitslosigkeit*), o su utilización de manera intercambiable con otros términos usados en la época para dar cuenta de la extrema pobreza, el ocio, la vagancia, son un claro indicador de que no se está pensando en el mismo fenómeno (aunque a veces las traducciones pasen por alto la importancia de las diferencias terminológicas y opten por usar los términos contemporáneos). Pero la formulación de una categoría específica, la del ejército de reserva o sobrepoblación relativa, que se ubicaría entre el trabajador activo y el lumpenproletariado y al que se hace formar parte de la clase trabajadora, se orienta a la posibilidad de pensar de otro modo ciertas formas de no-trabajo. Incluso si ello implicó el reforzamiento de las antiguas percepciones sobre otras formas de no-trabajo o de trabajo irregular.

### **Conclusión y apertura a nuevas preguntas**

La emergencia de la figura del *desocupado*, como una persona que atraviesa transitoriamente una situación de falta de trabajo por motivos independientes de su voluntad, y de la *desocupación* como el fenómeno económico que está por detrás de esas situaciones, no se vincula en forma directa y evidente con la experiencia misma de la falta de empleo. No siempre la falta de ocupación recibió ese tipo de interpretación —que remite a condicionantes sociales y económicos más que subjetivos y morales—, que ha estado en la base de la formulación de nuevas estrategias de resolución. Antes de la “invención” de la desocupación, es decir de su construcción como problema social entre fines del siglo XIX y comienzos del XX, los frecuentes períodos en que los trabajadores no conseguían ocupación y debían



emprender una vida errante a la búsqueda de alguna oportunidad, eran pensados desde la perspectiva de la marginalidad voluntaria y tratados, en consecuencia, por la vía represiva.

En ese contexto, los escritos de Marx proponen, como hemos intentado mostrar, una lectura alternativa de algunas formas de no-trabajo en personas válidas que pasarán a ser pensadas como un ejército industrial de reserva, resultado del proceso de acumulación capitalista (y, paradójicamente, producido por los propios obreros con su trabajo) y, al mismo tiempo, vital para su desarrollo. El ejército de reserva permite pensar en la *involuntariedad* de quienes atraviesan esa situación, ubicándolos como víctimas de un fenómeno que los trasciende. Incorpora además otra idea fundamental: quienes conforman el ejército de reserva, es decir quienes se hallan sin trabajo, o con un trabajo parcial o irregular, no se encuentran en una situación de exterioridad con respecto a las relaciones laborales y de producción. Múltiples lazos los mantienen unidos, a tal punto que Marx los ubica como formando parte del proletariado, distanciándose así de la clásica distinción entre trabajadores (como aquellos con ocupación efectiva) vs. pobres/indigentes/vagos (mayormente, personas en condiciones físicas de trabajar pero sin ocupación): el ejército obrero activo y el ejército de reserva forman una misma *clase obrera*. A ella se opone no sólo la clase de los propietarios de los medios de producción, sino también aquella masa amorfa y heterogénea, que no llega a constituir una clase<sup>9</sup>: el lumpenproletariado. El lumpenproletariado permite, como han señalado otros autores, trazar una demarcación al interior de la población que sólo cuenta con su fuerza de trabajo para subsistir (independientemente de que pueda/quiera venderla en el mercado o no). La distinción entre *proletariado*, en el sentido que Marx le asigna, y *lumpenproletariado*, supone una diferenciación de una población que en las representaciones de la época se encontraba unificada bajo las figuras del *proletariado* (en su sentido decimonónico), las *clases trabajadoras/peligrosas*, o de la *pobreza* en términos genéricos. Para liberar al proletariado de los atributos de peligrosidad e inmoralidad que se le adjudicaban en la época, Marx hace recaer esas mismas apreciaciones negativas sobre la figura del lumpenproletariado. Pero, además, la distinción no pasa ya por la clasificación entre trabajo/no-trabajo; el ejército industrial de reserva marxiano supone un cambio fundamental en la idea del no-trabajo válido: la posibilidad de pensar algunas de sus modalidades en el marco del mundo del trabajo y ya no de la marginalidad y la vagancia. Concretamente, es a través del antagonismo con el lumpenproletariado que ciertas formas de no-trabajo en personas válidas pueden ser interpretadas como



situaciones que no se explican por la falta de disposición para el trabajo, dando lugar al ejército de reserva. Como contracara de esa misma operación, se refuerza la interpretación con criterios morales y estigmatizantes de otras modalidades de no-trabajo válido (o trabajos irregulares y alejados del tipo industrial): Marx ubica en el lumpenproletariado a delincuentes, vagabundos, prostitutas, gente sin profesión fija, traperos, afiladores, escritorzueros, entre otros.

Con esto no queremos decir que con el ejército de reserva Marx esté conceptualizando, con otro nombre, al desocupado. Por detrás de la construcción de esta última figura se encontraba, como vimos, la necesidad de separar a los trabajadores asalariados estables que habían perdido transitoriamente su trabajo de la gran masa de trabajadores autónomos e intermitentes que poblaban el mercado de trabajo de fines del siglo XIX. Nada de esto encontramos en Marx, por supuesto. De hecho, la sobrepoblación relativa incorpora a los “semiocupados” o trabajadores irregulares. Por otra parte, la forma en que Marx y los “inventores” de la desocupación de finales del siglo XIX pensaban las soluciones eran, como sabemos, radicalmente diferentes. Si estos últimos iban a buscar respuestas “reformistas” a través, por ejemplo, del seguro de desempleo, Marx no veía solución posible al interior del sistema capitalista.

Lo que nos interesa más bien señalar es el proceso complejo y de muy largo plazo que se encuentra en la base de la configuración de categorías de pensamiento que, como en el caso de la desocupación, pueden convertirse en categorías de intervención pública. Siguiendo el camino abierto por algunos estudios que hemos citado, intentamos aquí mostrar que, en la primera mitad del siglo XIX, Marx comenzaba a delinear algunos elementos teóricos para pensar el no-trabajo en personas válidas (aunque él lo hacía extensivo a otras situaciones) que iban en un sentido diferente a la visión dominante en su época. Algunos de estos aportes son, como vimos, la crítica a la ausencia en la economía política del problema de la falta de ocupación en personas que dependen de su trabajo; su problematización como un factor vital para el funcionamiento del sistema capitalista; la interpretación de ciertas formas de no-trabajo como producto del sistema y de las características de las relaciones de producción; la incorporación del ejército de reserva al universo de la clase obrera a pesar de la falta de trabajo; la distinción entre el ejército de reserva y un lumpenproletariado sobre el que recaen las apreciaciones negativas y las explicaciones morales. Todos estos elementos se encuentran en la base de una nueva percepción de ciertas formas de falta de ocupación en personas válidas.



Como mencionamos en la introducción, este recorrido por la conceptualización marxiana sobre la población que carece de ocupación rentada surgió de la necesidad de entender el rol que jugaron los primeros socialistas marxistas argentinos en la emergencia de una lectura novedosa del problema de la falta de ocupación, muy disruptiva para su época. A través del análisis del periódico *El Obrero*, editado entre 1890 y 1982 en Argentina, advertimos que los socialistas de filiación marxista tuvieron un lugar destacado en introducir el problema de la carencia de empleo como un problema social, es decir que debía ser explicado independientemente de los factores personales y morales. Desde las páginas de este periódico, entablaron una verdadera disputa de sentido con las miradas hegemónicas respecto a la magnitud, la naturaleza y las causas de las situaciones de falta de trabajo en el marco de la crisis de 1890 (Dimarco, en prensa). En ese proceso movilizaron activamente algunas de las categorías conceptuales analizadas en este artículo, matizadas por una lectura que las adaptaba de manera creativa al escenario local. En este sentido, consideramos que las contribuciones de la obra marxiana fueron de gran importancia en los primeros intentos de configuración del problema de la falta de trabajo en Argentina a fines del siglo XIX. El presente artículo espera ser un aporte al estudio del análisis de las categorías movilizadas por Marx respecto de las situaciones de falta de trabajo, teniendo fundamentalmente como horizonte el modo en que esas contribuciones conceptuales, que estaban en plena circulación internacional hacia fines del siglo XIX, pudieron haber jugado en la puesta en forma del problema de la falta de trabajo por parte de los socialistas argentinos.

### Referencias bibliográficas

- CASTEL, Robert. (1997). *Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Buenos Aires: Paidós.
- CHEVALIER, Louis. (2007 [1958]). *Classes laborieuses et classes dangereuses à Paris pendant la première moitié du XIXe siècle*. Paris: Perrin.
- DENNING, Michael. (2011). "Vida sin salario". En *New Left Review*, No. 66, pp. 77-94.
- DIMARCO, Sabina. (en prensa). "Los socialistas y el problema de la falta de ocupación en la crisis de 1890". En *Estudios Sociales del Estado*.
- DRAPER, Hal. (2011). *Karl Marx's theory of revolution. Vol. 2: The Politics of Social Classes*. Delhi: Aakar Books.
- GARRATY, John. (1978). *Unemployment in History*. Nueva York: Harper&Row.
- HUARD, Raymond. (1988). "Marx et Engels devant la marginalité: la découverte du



- lumpenproletariat". En *Romantisme*, No. 59, pp. 5-17.
- KEYSSAR, Alexander. (1986). *Out of work: the first century of unemployment in Massachusset*. Cambridge: Cambridge University Press.
- MANSFIELD, Malcolm. (1988). *La construction sociale du chômage: l'émergence d'une catégorie en Grande Bretagne*. Paris: IRESCO-CNRS.
- MANSFIELD, Malcolm; SALAIS, Robert ; y WHITESIDE, Noël. (1994). *Aux sources du chômage 1880-1914: Une comparaison interdisciplinaire entre la France et la Grande-Bretagne*. Paris: Belin.
- MARX, Karl. (1962). *Das Kapital*. Disponible en <https://archive.org/details/KarlMarxDasKapitalpdf>., último acceso 11 de septiembre de 2015.
- MARX, Karl. (1963). *Oeuvres*. Paris: Gallimard.
- MARX, Karl. (1968). *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*. México D.F: Grijalbo.
- MARX, Karl. (1973). *El Capital*, T. 1. La Habana: Ed. de Ciencias Sociales.
- MARX, Karl (1982). *Capital. A critique of Political Economy*, vol. 1. London: Penguin Books.
- MARX, Karl. (1988). *Las luchas de clases en Francia (1848-1850)*. Buenos Aires: Anteo.
- MARX, Karl. (1998). *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*. Buenos Aires: Need.
- MARX, Karl. (1999). *Manuscritos: economía y filosofía*. Madrid: Alianza.
- MARX, Karl. (2004.a). *El Capital*, T. 1, vol. 3. Buenos Aires: Siglo XXI.
- MARX, Karl. (2004.b). *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*. Buenos Aires: Colihue.
- MARX, Karl y ENGELS, Friedrich. (1994). *Manifiesto del Partido Comunista*. Santiago de Chile: Catari.
- POLANYI, Karl. (2007 [1944]). *La gran transformación: los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- PUGLIESE, Enrico. (2000). "Qué es el desempleo". En *Política y Sociedad*, No. 34, pp. 59-67.
- SALAI, Robert; BAVEREZ, Nicolas y REYNAUD, Bénédicte. (1986). *L'invention du chômage: Histoire et transformations d'une catégorie en France des années 1890 aux années 1980*. Paris: PUF.
- THOBURN, Nicholas. (2002). "Difference in Marx: the lumpenproletariat and the proletarian unnamable". En *Economy and Society*, Vol. 31, No. 3, pp. 434-460.
- TOPALOV, Christian. (1994). *Naissance du chômeur, 1880-1910*. Paris: Albin Michel.



WALTERS, William. (2000). *Unemployment and government. Genealogies of the social*. Cambridge: Cambridge University Press.

ZIMMERMANN, Bénédicte. (2001). *La constitution du chômage en Allemagne. Entre professions et territoires*. Paris: Ed. Maison des Sciences de l'Homme.

---

#### Notas:

<sup>1</sup> Utilizaremos esta fórmula para dar cuenta de las situaciones de ausencia de ocupación rentada en personas que por edad y condiciones psico-físicas son consideradas socialmente aptas para el trabajo. Me apoyo aquí en la fórmula utilizada por Zimmermann (2001), quien estudia las formas en que, en distintos contextos, se lleva adelante la puesta en forma colectiva del trabajo y el no-trabajo analizando en particular *le non-travail en personnes valides*.

<sup>2</sup> Salais et al (1986) estudian el caso de Francia; Keyssar (1986), el de Estados Unidos; Mansfield (1988) y Walters (2000), el de Inglaterra; y Zimmermann (2001), el de Alemania. Topalov (1994) y la compilación de Mansfield, Salais y Whiteside (1994) abordan la temática desde una perspectiva comparativa.

<sup>3</sup> Las citas textuales de este texto, como así también las de Zimmermann (2001), Walters (2000) y Chevalier (2007 [1958]), son traducciones nuestras.

<sup>4</sup> Pugliese plantea que la primera de las tres formas “corresponde al auténtico desempleado” (2000: 62). Creemos, sin embargo, que sólo en parte se asocia a esta categoría, que incluye, en su sentido moderno, dimensiones que por supuesto no podían ser contempladas por Marx, como la condición de estabilidad previa a la pérdida del empleo.

<sup>5</sup> “gentes sin profesión fija, vagabundos, *gens sans feu et sans aveu*”.

<sup>6</sup> “Por eso la economía política no conoce al obrero ocioso, al trabajador situado al margen de esta relación de trabajo. El pícaro, el bribón, el mendigo, el trabajador ocioso (...)” (Marx, 1968: 92).

<sup>7</sup> “La economía política no conoce, por ende, al trabajador inactivo, al hombre-trabajo en tanto se encuentra fuera de esta relación laboral (...)” (Marx, 2004.b: 124).

<sup>8</sup> “La economía política no conoce al trabajador parado, al hombre de trabajo, en la medida en que se encuentra fuera de esta relación laboral” (Marx, 1999: 124).

<sup>9</sup> Entre las distintas interpretaciones que se han hecho del lumpenproletariado, Draper (2011: 453) la define como una “proto-clase” o una “clase sin nombre”.

Fecha de recepción: 18 de noviembre de 2015. Fecha de aceptación: 24 de mayo de 2016.